

Para el mundo de las ciencias sociales es sabido el problemático contenido del concepto región, sobre todo al constatar que en muchas ocasiones este constructo está prefigurado con base en dinámicas económicas, políticas, sociales, culturales y territoriales que se transforman a lo largo del tiempo. Ello hace que, en sentido estrictamente espacial, las regiones sean entes cambiantes, por ende la imposibilidad de su delimitación por parte de políticas públicas que las intenten configurar en escenarios de la administración gubernamental. Con base en esta constatación, el presente *dossier* da cuenta de diferentes escenarios territoriales que se articularon alrededor de actividades económicas específicas, las cuales lograron prefigurar escenarios en los cuales diversos agentes desarrollaban formas de interrelación que constituyeron a las regiones como escenarios intermediarios entre el espacio local y global. En algunos casos, los autores logran demostrar cómo tales fenómenos trascendieron el ámbito eminentemente material y llegaron a ser pieza constitutiva del andamiaje simbólico, político y social sobre el que se desarrollaron diversos conglomerados, algunos de los cuales trascendían el escenario nacional, demostrando el carácter variable de los procesos de regionalización.

El primer grupo de trabajos aborda el caso de Antioquia, explorando la articulación de distintos territorios para la conformación de una unidad regional durante el periodo tardo colonial. El primero de ellos, escrito por Juan Carlos Jurado Jurado y Rodrigo de J. García Estrada, realiza una mirada de conjunto de la economía y la sociedad antioqueña en la segunda mitad del siglo XVIII. En su trabajo, los autores rescatan el importante papel que implicó la transformación de algunas de las rígidas características de la estructura social colonial como producto del proceso de mestizaje, mismo que estuvo acompañado de un notable mejoramiento de las actividades mineras, agrícolas y comerciales, previo al periodo de la independencia. Estas características, según los autores, podrían llegar a explicar la aparición de movimientos independentistas. Jurado y García no emplean fuentes primarias, pero sí un juicioso estudio de la historiografía regional, sin embargo, mantienen la idea de la total articulación de todo el espacio provincial en la época colonial, sin reparar en algunas zonas que tenían mayores vínculos con otros escenarios.

Desde una visión más concreta, el siguiente trabajo es elaborado por José Leonardo Henao Giraldo, quien analiza la articulación del nordeste antioqueño con base en la producción aurífera de Zaragoza. El trabajo de

Henao se inserta en las ya conocidas discusiones sobre la articulación de mercados regionales en la América colonial. Frente al anterior trabajo, esta propuesta tiene la virtud de emplear fuentes primarias de suma importancia para la comprensión del papel de la minería aurífera como enclave que permitía el desarrollo de actividades comerciales. De esta manera, el estudio de los libros manuales de alcabalas le permitió al autor constatar cómo Zaragoza y el nordeste antioqueño se articularon de una forma más fuerte con el Bajo Magdalena que con el resto de la provincia de Antioquia. Sin duda, este hallazgo constituye el descubrimiento de un componente central en dicho entorno regional, lo que permite constatar que las regiones son dinámicas y no se encuentran prefiguradas por las fronteras gubernamentales.

El siguiente grupo de artículos se concentra en el estudio del noroccidente de Colombia y los Santanderes entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. El primer artículo es elaborado por Juan Carlos Quejada-Camacho y Clara Inés Carreño-Tarazona, quienes efectúan un interesante ejercicio de comparación sobre la articulación de la ciudad de Cali y Bucaramanga con los circuitos del comercio exterior. Contrario a lo tradicionalmente esgrimido por la historiografía, el trabajo muestra cómo ciudades distantes de los puertos marítimos lograron establecer contactos con las costas para el desarrollo de actividades comerciales desde el interior. De esta manera, se puede constatar cómo se emplearon diversas estrategias para conectar las ciudades interiores con los puertos de mar a través de la constitución de redes de agencia y marítimas que se encargaban de diverso tipo de actividades, las cuales tenía como fin garantizar la continuidad de los flujos. Así las cosas, Cali tuvo un fuerte vínculo con puertos en Panamá, mientras que Bucaramanga los mantenía con Sabanilla y algunas regiones de Venezuela. Este texto demuestra fuertes vínculos del Valle del Cauca con el Istmo, contradiciendo algunos trabajos anteriores y dando cuenta del mantenimiento de relaciones comerciales que constituían entornos regionales allende las fronteras nacionales.

El texto de Brayan Delgado Muñoz analiza, como no podía faltar en este número, la actividad cafetera, labor que sin duda alguna es una de las más importantes para comprender los procesos de configuración regional en Colombia. Delgado Muñoz toma en cuenta una región poco explorada en la dinámica de producción de la pepa, como lo es el norte del Valle del Cauca entre 1900 y 1930. La variable dependiente del estudio está constituida por el crecimiento de la producción cafetera, utilizando como variables

independientes para la explicación de su comportamiento el desarrollo del mercado de tierras como producto del empleo de baldíos y la consolidación de un entorno institucional, conformado por las casas comerciales, que propiciaron la inversión de capitales para el mejoramiento técnico y las redes para la consolidación de flujos comerciales; todo ello sin descuidar el papel que cumplió el sector externo para el inicio del proceso.

El *dossier* cierra con dos textos con temáticas diferentes en términos regionales y temporales que, sin embargo, permiten evidenciar procesos de regionalización de la mano de la planeación urbana y el desarrollo empresarial. En el primero de ellos Jaime Bonet Morón y Diana Carolina Marín estudian la historia de la planeación urbana de Valledupar, capital del departamento del Cesar, a través del análisis de políticas públicas y el uso de sistemas de información geográfica. En su estudio, los autores exponen el tipo de respuesta que dio la administración pública al desafío que implicó un fuerte crecimiento poblacional durante la segunda mitad del siglo XX, rescatando que el primer ejercicio de planeación de 1969 y el plan de acueducto y alcantarillado de 1975 tuvieron un impacto positivo sobre el ordenamiento de la ciudad; lo cual fue acompañado de un mejoramiento en la gestión de las finanzas municipales, la incorporación de capital humano altamente calificado en las instituciones públicas y la continuidad de los planes, a pesar de los cambios partidistas en el gobierno municipal. Un trabajo que no solo se preocupa por entender el pasado, sino que desde la perspectiva da cuenta de los aciertos de Valledupar para la valoración de su experiencia como herramienta en tiempo presente para otras ciudades.

Por último, con un enfoque de historia empresarial, José Manuel Carrasco Weston explora el papel de la migración japonesa en la economía peruana con base en dos estudios de caso. El primero de ellos estudia las actividades de Nikumatsu Okada, quien logró consolidar un importante capital a través de inversiones industriales y la diversificación dentro del sector inmobiliario y financiero. El segundo caso es el de Cintaro Tominaga, empresario que concentró sus primeras actividades en el sector agrícola a través de la producción de algodón, llegando también a sectores como el mercado inmobiliario y de valores. Aunque el artículo no lo hace explícito, se constata una suerte de regionalización a través de la diversificación del portafolio de inversión de ambos sujetos, quienes comprendieron que ante la inestabilidad política propia del contexto latinoamericano, uno de los campos más seguros estuvo constituido por el sector inmobiliario.

Como lo puede constatar el lector, el *dossier* abarca un conjunto significativo de unidades territoriales que nos llevan a pensar las formas en que distintas actividades productivas configuran redes en el territorio, las cuales pueden llegar a entenderse como espacios regionales. Resta solo hacer algunas reflexiones que cada uno de los trabajos dejan abiertas a futuras indagaciones. Primero, en conjunto, sería necesario pensar esquemas interpretativos que permitan clarificar cómo cada actividad económica configura regiones en términos políticos, sociales y culturales; tal vez uno de los trabajos que mayor aporte deja en este sentido es el elaborado por Jurado y García Estrada. También es necesaria una mayor indagación sobre territorios cuya articulación hasta ahora es desconocida, como lo hacen Henao Giraldo y Juan Carlos Quejada-Camacho junto a Clara Inés Carreño-Tarazona, trabajos que invitan a dejar a un lado viejas constataciones historiográficas para comprender escenarios regionales fuertemente vinculados antes pasados por alto. De la misma forma, retomar el camino de la producción cafetera y su estudio en un territorio específico permiten la comprensión de dinámicas importantes para entender la configuración de regiones, como lo efectuó Delgado Muñoz. El análisis de la planeación urbana también es central para la temática, como lo demostraron Bonet Morón y Ricciulli Marín, puesto que la experiencia de ciudades pequeñas puede ser significativa para el emprendimiento de políticas públicas actuales, invitando a los investigadores a abandonar una perspectiva fuertemente centralista concentrada en Bogotá y Medellín.

Por último, Carrasco Weston posibilitó la apertura a un campo de pesquisa para entender cómo los migrantes y la diversificación de sus inversiones afectó de manera directa el desarrollo de ciertas regiones; temas que pueden ser tratados por futuras investigaciones y que demuestran la juventud y dinámica de una disciplina como la historia económica colombiana.

José Joaquín Pinto Bernal

Profesor Asociado, Universidad del Tolima, Colombia

jjpintob@ut.edu.co